

¡DURMAMOS, HERMANO!

No estamos de acuerdo con la manera de opinar de Sánchez Calvo. Este notable catedrático de Derecho era más sordo que un mojón y como en cierta ocasión paseara por la capital hispana en compañía de su entrañable amigo Palacio Valdés, acertaron a pasar frente a la clínica de un especialista renombrado, lo cual sugirió al gran literario esta indicación: "Oye, aquí puedes operarte, si quieres. A cambio de dos mil pesetas, oírías perfectamente". Y el jurisperito le replicó con frialdad: "¿Y crees tú que vale dos mil pesetas cuanto en la vida me queda ya por oír?"

Pues, sí señor. Dos mil pesetas, y aun dobladas, ofreciéramos nosotros por adquirir (si acaso la llegáramos a perder) la facultad de enterarnos de las revelaciones de los hierofantes americanos, los cuales, sea dicho de paso, remusgamos haber de ser hombres de buen humor. Porque, o yo soy un naranjo, o se requiere tener la gaita templada para permitirse el lujo de tomarnos el pelo mediante el telégrafo, sirviéndonos legítima ración de puchero de enfermo con el aire solemne de quien creyera poner a nuestros alcance una estupefactiva novedad.

Más há ya de una centuria que los sapientes Católicos, y aun por ventura los de otras filiaciones religiosas, vienen disertando con magistral desenvoltura y muy de propósito sobre los supuestos conflictos entre la Ciencia y la Fe, para desencastillar a los adversarios del dogma de este lugar de refugio, adonde, llevados de una indigestión de hollejos de filosofía, se acogen unos pocos, y, arrastrados de la corriente de pedantería y volterianismo barato, llegan los más.

La bibliografía Católica nos ofrece abundosa cosecha de tratados acerca de esa flecha obligada en la aljaba de todos los combatientes de la acera de enfrente, y tén-gase por un alarbe todo aquel que desconociere las principales producciones de este género, y renuncie espontáneamente a tomar parte en justas apologéticas, ni aun siquiera incurra en la pueril vanidad de meter baza en las polémicas de sobremesa donde se desfloraren los sendos fueros del Credo y de la razón.

Pues, bien. Como todo lo dicho sea verdad, nos ha sorprendido la prensa diaria con un telegrama, que, de llevar la fecha de

los Santos Inocentes o del primero de abril, lo tomáramos por un parchazo, y cuya letra dice así: "Washington, mayo 26—Un grupo de 40 Americanos distinguidos (no precisa el género de distinción), entre ellos dos miembros del gabinete del Presidente Harding, Hoover y Davis, han firmado un documento donde se declara no haber antagonismo entre la ciencia y la religión, pese a la dura controversia reciente. Tres obispos y otros cabecillas de círculos científicos, financieros, políticos y religiosos han añadido su firma a la declaración".

No se rían mis pacientes lectores, aunque la cosa no sea para menos de tomarlo a risa. Un problema en cuyo planteamiento y solución debiera tomar parte únicamente la flor y nata de los elementos científicos y religiosos, acaba de ser resuelto por un conciliábulo de "cuarenta Americanos distinguidos", sin que se nos haya dado a conocer si lo son por su ciencia o su posición social, pero apuntando la presencia de dos estadistas entre los junteros, donde hubo tal vez otros tan poco llamados como ellos para intervenir en asunto tan ajeno al de su especialización.

Y cual si los "cuarenta Americanos distinguidos" se les antojaran insuficientes para dar con el platillo de la balanza en los abismos de la convicción, ponen por contera la aprobación de algunos gremios de negociantes y políticos, tan enterados de las interioridades de la tesis debatida como yo del arte de injertar melones en una fosforera, o el pari-pari Lagaska de la vida de Santo Domingo de Guzmán y de sus relaciones con el "espeluznante" tribunal de la Inquisición. ¡Lagarto!

Si la posible pugna entre dos puntos doctrinales sólo puede ser debidamente resuelta por quien conociere muy por menudo los términos de comparación, el juez más indicado para decidir en última instancia la cuestión científico-religiosa de las discordancias supuestas entre la Ciencia y la Fe, es el teólogo que hubiere conquistado una posición relevante en el campo de las ciencias naturales, o el sabio naturalista empapado en el estudio de las honduras de la religión.

Cuando el médico Neo-Yorkino John William Draper se ilusionó con poner una

pica en Flandes y el puñal en el corazón del Catolicismo al publicar la "History of the conflict between religion and science", una avalancha de escritores pulverizó sus aparentes objeciones, demostrando cumplidamente en estimación de todo hombre imparcial que si el doctor americano podía echar su cuarto a espadas en el ramo de Hipócrates y Galeno, encontrábase muy atrasado en aquellas otras disciplinas, cuyo conocimiento es indispensable para disertar sobre tesis de tan complicada contextura y de tan considerable extensión.

Y a pesar de haber quedado Draper en la picota del ridículo, la plaga de filosofillos de redacción ha venido hasta hoy royendo el mismo tema y repitiendo los estribillos de siempre, muy convencidos de hallarse de su parte la razón. Ahora que "cuarenta Americanos distinguidos" se deciden a desmentir al Profesor de la Universidad de Nueva York, ignoramos cuál haya de ser la conmoción cerebral de quienes se han pasado la vida martillándonos los oídos con las conclusiones de esa obra, repudiada medio siglo más tarde por una "cuarentena" de paisanos suyos de "distinción".

Mas, hágase el milagro y hágalo el moro Muza. Y, pues, las réplicas de los sapientes Católicos no consiguieron reducir a silencio las bocas de ganso de tantos es-

critores de hojalata, obstinados en no beber de otras fuentes sino del camellón casero, esperamos que tan pronto como se enteren del interesante documento firmado por la ensalada americana, no volverá a mentar la sogá en casa del ahorcado, ni sacarán a relucir el yá desprestigiado antagonismo entre la ciencia y la religión.

Y los Católicos podemos yá dormir tranquilos. Durante esta última media centuria hemos fatigado las prensas con la publicación de magníficas apologías, donde se ponía de manifiesto la armonía de la Iglesia y la Academia y sólo cosechamos la sonrisilla de los letrados de la acera de enfrente, incapaces de desbaratar nuestros argumentos, yá que, como dice Benoit Emonet, "pas une réponse pertinente n'a été faite aux travaux émanés de l'exégèse catholique depuis quarante ans" (ni una contestación atinada han recibido los trabajos precedentes de la exégesis católica en estos cuarenta años).

Ahora sin duda doblarán la cerviz esos volterianos de cartón. ¡Cómo no! "Cuarenta Americanos distinguidos" han comunicado al mundo no haber pugna entre la Fe y la Razón. Y por telégrafo. Y muy serios, como si se tratara de una novedad. Tenemos, pues, los Católicos motivos para descansar.

PAULINO.

NUEVO ADALID

Tenemos el vivísimo placer de anunciar a nuestros lectores el nacimiento de un nuevo adalid de la Causa Católica, tanto más respetable para nosotros cuanto que es el Boletín oficial de las disposiciones de nuestros Prelados, donde siempre nos habremos de inspirar. Con decir que su redacción corre a cargo de los PP. de la Universidad de Santo Tomás está dicho todo.

Hé aquí el interesante sumario del primer número:

Palabras del Arzobispo de Manila. (Página de honor); Nuestro propósito; Carta Encíclica de Su Santidad Pío XI, sobre la paz de Cristo en el reino de Cristo; Información canónica. Ayuno eucarístico. Dudas sobre competencia de algunas sagradas

Congregaciones. Anotaciones. Nuevo Vicario apostólico. Nueva Prefectura Apostólica; Actas de la Curia Pontificia; Información general; Circular del Arzobispo de Manila, sobre testamentos de los sacerdotes. Legislación vigente en Filipinas sobre testamentos. Formula; Pía Unión del tránsito de S. José (para los sacerdotes); Información interdiocesana (Una súplica); Casos morales; Información religiosa; Lista de los sacerdotes que hasta ahora nos han remitido su nombre y dirección como suscriptores; A los Señores Anunciantes (Precios).

Sea bienvenido el Boletín Eclesiástico Interdiocesano, a quien deseamos larga y próspera existencia para bien del Catolicismo. Reciba nuestro más efusivo abrazo fraternal.